

FILMS
DE AMOR

El galán irresistible



Núm.
40

25
CTS.

NORMAN KERRY - LOIS MORAN

Niu
del
COL·LECCIONISME

de D. Colomer
TOT I ART IMPRE
AL PAPER

Gravat i Antics
Llibres i Revistes
Juganys i Medalles
Croniques i Vistes
Vinyetes i Postals
ESPECIALMENT AL NOV
LLEUS DE LA XICLATA
NOTES i TÍTOLS

C. Ferrán, 20, 1.º, 2.º, 1.º
Tel. 302 30 14
BARCELONA

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado adm. 707
BARCELONA

AÑO III

NÚM. 41

THE IRRESISTIBLE

LOVER
1928

El galán irresistible

Comedia de argumento interesante,
en la que hace una colosal creación

NORMAN HERRY

Por CRISPINO GOTARRIBONA

EXCLUSIVA

Hispano American Films

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO

J. H. Grey **Norman Herry**
Beatrix Kennedy **Lois Moran**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Nuestra historia empieza en un lindo pisito de soltero. Por regla general, los inquilinos de los pisitos de soltero son unos empedernidos tenorios; por regla general, también, todas las historias que comienzan en un pisito de soltero, terminan en un viaje de novios.

Por no defraudar el interés novelístico de esta verídica historia, nos reservaremos su desenlace hasta cuando éste venga por sus propios pasos y, en cuanto a lo primero, podemos asegurar al lector, sin ninguna clase de reservas, que el inquilino del cuarto de referencia es más tenorio que el propio galanteador español.

Nuestra don Juan reúne la doble felicidad de ser amado por las mujeres con la no menos estimable de ser inmensamente rico.

El ser rico, permite refinamientos de primer orden, como levantarse tarde. Nos guardaremos muy bien de contraecir la verdad evidente de que el hecho de ser afortunado

con las damas es una felicidad de primer orden; pero si aseguramos que también tiene sus inconvenientes, unos gravísimos, como el del matrimonio, y otros más leves, pero si suficientes para complicar un poco la vida.

El inconveniente "leve" que en este preciso instante complicaba la existencia de nuestro protagonista, se llama Hortensia, Hortensia Brown, que estaba locamente enamorada del dichoso millonario J. M. Grey. La complicación que se oponía a la completa felicidad de estos amores, era el señor Brown, marido de la bella Hortensia.

Para Hortensia no existían los banales placeres de la vida si no podía compartirlos con Grey; y, en cambio, éste no tenía otros momentos más felices que los que pasaba lejos del influjo de su amiga, lo cual es una incompatibilidad suficiente para hacer infelices a dos personas.

Aquel día, como tantos otros, Hortensia debía interrumpir el sueño de Grey por una intempestiva llamada por teléfono. Como Grey estaba durmiendo — todavía no eran más que las doce — acudió el criado y se cruzó la siguiente conversación:

—Sí, señora; aquí es la casa del señor Grey—dijo el criado.

—Mi querido Juan, te mando el primer besito... dijo al oído del criado una voz argentina que sin embargo era norteamericana.

—Yo no soy Juan, señora. Soy el criado del señor.

—Dígale que es Hortensia.

—Tenga la bondad de aguardar unos momentos mientras voy a avisarle.

El criado dejó el aparato fué a despertar a su amo. El doméstico, que comprendía el pesado trabajo que proporcionaba a su amo los cien amorosos devaneos que a un tiempo sostenía, dirigió una mirada en torno de la sala cuyos testeros aparecían materialmente cubiertos de fotografías, trofeos de las innumerables novias del "afortunado" galán, como reprochándolas a todas por tener que romper el sueño a su señor.

Este despertó a regañadientes y se puso al habla con Hortensia, pero al conocer su voz, entregó el aparato al criado y se volvió de espaldas, con ánimo de reanudar el sueño.

Otro de los muchos inconvenientes que padecen los galanes afortunados, se exageran si éstos tienen teléfono en casa. Aquella mañana mañana, preguntaron por teléfono a Grey más de doce muchachas. Si Grey, en vez de ser un simple tenorio, hubiese sido un médico-abogado, habría hecho una fortuna con sus clientes, pero en amor las clientes no pagan las visitas...

Por fin, a eso de la una, se presentó en el piso de Grey su íntimo amigo, abogado y procurador, Cirilo Hopper.



Pero al conocer la voz...

Parecía que Grey aguardaba con interés su visita por cuanto al verle entrar le salió al encuentro y, dando pruebas de vivo interés, le preguntó:

—¿Has podido convencerla?

Conociendo a Hopper era excusada la pregunta, porque Grey pudo leer con antelación en su rostro la respuesta, con tal a sus deseos.

—No, chico, no—respondió Hopper—. Sin dinero no hay manera de convencer a nadie

y mucho menos a una chica a quien se ha dado palabra de casamiento.

—¿A cuánto ascienden los perjuicios? — preguntó el millonario recobrando un poco la tranquilidad.

—A siete mil quinientos dólares...

Diciendo esto, Hopper depositó sobre una mesita de centro una linda sortija que se había extraído del bolsillo del chaqueo y después se la quedó mirando, moviendo tristemente la cabeza:

—Este anillo te lleva ya costados treinta mil dólares en lo que va de año... y todavía estamos en abril... —dijo Hopper.

—Yo te aseguro formalmente que esta habrá sido la última vez... Va no volveré a dar palabra de casamiento a ninguna muchacha...

—prometió Grey.

—Ni dar palabra ni escribir cartitas—advirtió el abogado—. Cada vez que te da por escribir una carta de amor, te cuesta un ojo de la cara.

Es que soy un hombre impulsivo, amigo Ropper, y siempre que hablo con una mujer me dan ganas de casarme...

—Pero hombre, ¿por qué no dejas a las damas y te dedicas al ajedrez? ¡Al menos te saldría más barato!

El criado cortó la conversación diciendo que la señora Hortensia llamaba nuevamente



¿A cuánto suben los perjuicios?

por teléfono, y como Hopper hiciera un gesto de contrariedad, Grey le advirtió:

No hay cuidado: es una mujer casada.

La mujer casada quería reconvenir duramente a su amigo por no haber atendido su primera llamada, de lo que Grey se excusó lo mejor que pudo, pero ella no quedó satisfecha hasta tener la promesa de que iría a verla a su casa inmediatamente.

—Mi marido—dijo Hortensia—, sale de

vaje dentro de media hora; va a visitar a un fabricante de botones para venderle un cargamento de astas...

—Entonces estare con usted dentro de una hora—prometió Grey.

En aquel momento oyó rumor de conversación, como si alguien se hubiese puesto a hablar con Hortensia y casi al mismo tiempo una voz bronca decía autoritariamente:

—¿Quién habla a mi mujer!

—El carnicero, caballero—respondió Grey sin inmutarse—. Descaba preguntar a su señora si quiere que también le ponga la falda...

—Váyase usted al cuerno!—replicó su interlocutor.

—Este hombre tiene un genio terrible—decía Grey mientras colgaba el receptor—. El día que me encuentre en fragante delito con su mujer, es capaz de hacer conmigo una barbaridad.

—Lo que es esta vez—decía momentos después a mi amigo Hopper—, el anillo no saldrá de mi dedo hasta que dé con la mujer ideal.

—Lo malo es que todas te parecen ideales—aseguró el abogado.

Hay días aciagos, pero también es cierto que hay días señalados en los que parece que la casualidad y la felicidad se han concertado para hacernos una visita.

El millonario Grey estaba muy lejos de pensar que le alumbraba el sol resplandeciente del día más dichoso de su vida, cuando, una vez preparado para la visita que iba a hacer a su amiga Hortensia, tropezó con el corredor del hotel donde se hospedaba, con la bellísima y gentilísima Dolly Carleton "estrella" del Folies, cuya única ocupación consistía en pirrarse por casarse, divorciarse y volverse a casar.

—¿Qué casualidad, amigo Grey, encontrarle tan de mañana!—dijo Dolly haciendo un gracioso mohín de sorpresa.

—Verdaderamente... realmente...—balbuceó Grey.

—Si se porta bien, voy a dejarle que me

invite al aperitivo—insinuó Dolly, cogiéndole del brazo.

—Realmente— dijo Grey dejándose conducir hacia el ascensor—podré dedicarte pocos minutos—. Un amigo, gravemente enfermo, me ha mandado llamar.

—¿Un amigo...? ¿No será más bien una amiga?— dijo ella con malicia.

Tomaron el aperitivo en el mismo bar del hotel y después salieron juntos. Era que Dolly gustaba de ir del brazo de Grey y no había manera de sacudírselo.

Hasta aquí la vulgar existencia de Grey seguía su trayectoria de siempre. Pero lo aquí que al volver una esquina Grey vio el rostro más bonito que hubiera contemplado en su vida.

Fue como una deslumbrante aparición momentánea; después el torbellino del gentío que transitaba por la acera, se la llevó, y por unos instantes aún vió sobrenadar un sombrero rojo cerezo...

Grey avivó el paso, Dolly se quejaba amargamente de la acelerada marcha, pero él, en pos del sombrero rojo cerezo, no oía sus quejas.

—¡Qué bonita es! ¡Qué expresión de semblante más angelical! ¡Qué rasgos más finos!... ¡Qué tipo más perfecto! — ponderaba Grey para sus adentros mientras la gran ola

llevaba de aquí para allá el sombrero rojo cerezo.

De pronto, al desembocar una bocacalle, el guardia de circulación cortó el tránsito y Grey, sin poder resignarse a perder de vista a la muchacha, que tanta impresión le causara, abandonó a la artista y atravesó el arroyo.

Poco tardó, abriéndose el paso a codazos, en poder admirar de nuevo a la bella desconocida, la cual, si bien advirtió sus insistentes miradas y luego la tenez persecución de que era objeto, no hizo caso.

Después de cruzar unas cuantas calles, perseguida y perseguidor llegaron ante una delegación de policía en la que ella entró.

—Iré a hacer alguna gestión. La esperaré leyendo un periódico, para despistar.

Compró un diario al primer vendedor que pasó, y al ojearle tropezó con una noticia cuyo título le sorprendió en extremo. Decía así:

"Seis meses de cárcel por galantear."

"El Director General de Policía ha dado severísimas órdenes a sus agentes para que amporen a las jóvenes de las groserías de los galanteadores."

Mientras Grey se enfrascaba en la lectura de las duras penas impuestas por el juez a

las galanteadoras profesionales, la muchacha preguntaba por el guardia Kennedy.

Resultaba que la joven era hija del guardia en cuestión y su presencia en el puesto de policía era con objeto de encargarse de la venta de insignias a beneficio de las viudas de policías.

Momentos después salía con una sarta de insignias de cartulina, en forma de corazón que debía vender por la calle.

Grey la siguió discretamente, aprovechando aquella oportunidad para entablar conversación con ella. En efecto, al verla parada ante una esquina, se aproximó y solicitó una insignia al propio tiempo que le ofrecía un billete de diez dólares.

La joven se ruborizó un poco, pero aceptó el billete y le clavó la insignia en la solapa. Grey se quedó parado unos momentos, como hipnotizado. Había sentido el fino contacto de sus manos, habíase sobrecogido cuando el leve roce de sus dedos le conquisó en el pecho, y como la joven le mirara con extrañeza, balbuceó:

—Mi tío también necesita uno; ¿me hace usted el favor?

La misma operación y el mismo efecto sobre la excitable sensibilidad del enamorado millonario.

—Déjeme comprarle otro para mi abuelo... que en paz descanse.



— ¿Y a mí, ¿no me vendería uno? —

Y fue comprando insignias hasta quedar completamente lleno de corazones de cartulina.

Beatriz—la joven tenía ese bonito nombre—se sonreía de ver el efecto que hacían tantas insignias, y él se sonreía contagiado por la risa de ella, y así había pasado con gusto el resto del día, si Beatriz no hubiese proseguido su camino.

Bueno es, después de todo, que a una mu-

chacha vaya persiguiendo un hombre, porque así la guarda las espaldas. No había caminado Beatriz cien pasos, cuando un individuo de mala catadura trató de arrebatarle el bolso. Verlo Grey y acometer al ratero, todo fué uno, pero aunque si bien tuvo la suerte de recuperar el bolso, recibió un empujón y cayó contra el paragolpes de un auto, mientras el ratero desaparecía.

Dió la casualidad de que pasara por allí Hortensia Brown, la cual recogió al infortunado Grey, que aun no había vuelto en sí, y se lo llevó al dispensario más próximo.

Cuando media hora después recobró el conocimiento y se vió solícitamente atendido por Hortensia, sufrió una decepción, porque él habiese querido encontrar a la joven de las insignias, que Dios sabe donde estaría.

El accidente no tenía importancia y así lo manifestó el médico.

— ¡Cuánto me alegro! — exclamó Hortensia — ¡Si le llegas a morir... me desmayo!

Grey no podía ocultar el disgusto que le inspiraba Hortensia; cuando ésta fué a advertir al médico que cuando estuviere en condiciones se lo llevaran a su casa, aquél replicó:

— Para ello habrá que darle un narcótico, porque en cuanto la ve a usted se pone furioso.

Entretanto, Grey se hallaba en la cama la-

mentándose del contratiempo que le había hecho perder la pista de la mujer ideal. Mas de pronto se abrió la puerta de la estancia, lo cual fué para Grey como si se hubiesen abierto las puertas del mismo cielo, pues ante él se presentó la propia vendedora de corazones de cartulina, que venia a ver cómo se encontraba, y a darle las gracias por su oportuna intervención.

Grey la hizo sentar junto a la cabecera. Hubo una larga pausa. Él la miraba insistientemente y ella bajaba la vista...

— ¿Cuántas veces la han dicho que tiene unos ojos encantadores, señorita? — preguntó él con ternura.

Cuando ella se despidió, minutos después y dió la mano al enfermo, ésta la opinión entre las suyas y con voz desilusionada dijo:

— Sé que tengo que morir... si usted no viene... a verme otra vez...

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novellitas cinematográficas. Escríbame hoy mismo y se lo mandaré gratis a Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

III

Vamos a decir la verdad: J. H. Grey era un desgraciado con las mujeres; la que le interesaba se desvanecía como un sueño irrealizable y la que no le inspiraba ningún sentimiento, siempre le perseguía.

Cuando volvió del pesado sueño que le produjo la dosis de narcótico que le dieron en el dispensario, se encontró instalado en un diván de la casa de Hortensia.

—¿Dónde está tu marido?— preguntó a ésta consternado.

—Ya te dije que salía de viaje.

—Sin embargo, es una temeridad haberme traído aquí. Es posible que se haya dejado el dentrífico o algo, y vuelva a buscarlo.

—¡No seas miedoso!

No bien hubo dicho esto, llamaron a la puerta. ¡Era el señor Brown en persona!

Grey tuvo tiempo para arreglarse un poco la ropa y escapar por una ventana. Brown, que era terriblemente celoso, y había venido

expresado con el propósito de sorprender infraganti a su mujer, le vio y salió corriendo tras él.

Menos mal que el hotel de Grey estaba cerca y se refugió en él, siempre perseguido de cerca por el señor Brown.

Grey encontró en el vestíbulo a la bella Zita, una de sus dilectas amigas a quien daba conversación el amigo Hopper.

Aunque el infeliz perseguido quiso evitar el encuentro, Zita le llamó y no tuvo más remedio que ir a saludarla.

—¡Por fin, cielo mío, te dejas ver!—dijole firmemente la povera, poniéndole las manos en las espaldas.

En aquel momento Brown penetró en el vestíbulo y al divisarle se dirigió hacia Grey con el ceño fruncido.

—¿Qué estaba haciendo en mi casa?—dijo apretando los puños.

—Palabra de honor que, aunque las apariencias estén en contra mía, no hacía en ella nada malo.

Esta explícita declaración calmó algún tanto al celoso marido, pero aun dijo:

—Si estuviere seguro de que entre mi mujer y usted había algo...

Va más tranquilo, Grey adoptó un aire inocente y dijo:

—Admiro respetuosamente a su señora esposa, pero mi corazón pertenece a otra mu-

jer—y al mismo tiempo que Aecia está, oprinía el talle de Zita, como dando a entender que se refería a ella.

—¿Es esta su prometida? — preguntó Brown.

—Sí, caballero; Juan lo acaba de decir— contestó la aludida.

—No... no... ¿no sabía usted que éramos prometidos...? — balbució Grey.

—Ni lo sabía ni me interesa — contestó Brown con aspereza; y añadió—: Sólo quiero advertirle que en cuanto sepa que vuelve usted por mi casa, tendremos una cuestión personal; nada más. Buenas tardes.

Y se marchó.

—¡Ay, Zita! — exclamó Grey cuando Brown se hubo marchado—. De no ser por ti, estaría entre los muertos.

—Me alegro tantísimo de que me dehas la vida... Me parece que ya me he ganado el anillo...

De tan acostumbrado que estaba, Grey iba a llevarse la mano al bolsillo para sacar involuntariamente el anillo; pero Hopper le contuvo con una furibunda mirada.

—Pero, en cambio, nuestro compromiso empezará... y acabará en un vermut, ¿haec? — respondió Grey.

La tarde siguió vulgarmente a la mañana de aquel día admirable.

Grey estaba pensativo, como si hondos pensamientos revolteasen por su cerebro.

Hopper, que le hacía compañía, no cesaba de mirarle con extrañeza.

—¿Qué le pasará a este hombre? — pensaba.

Después de muchas vacilaciones, Grey decidió hacerle confidencias sobre su extraña aventura de por la mañana, y empezó así:

—Esta mañana... he tropezado con mi ideal... y estoy enamorado.

Hopper se le quedó mirando estupefacto, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Enamorado...? ¿Otra vez?

—Sus ojos son como lagos de esmeralda; sus labios...

—¿Cómo se llama? — preguntó Hopper, cortando tan poética descripción.

—No lo sé; pero sus ojos son ardientemente bellos...

—Supongo, pues, que tampoco sabrás dónde vive tu nuevo ideal.

Grey se puso en pie de un brinco, asaltado por una súbita idea.

Ahora me haces pensar que ha prometido venir a verme en el dispensario, esta tarde.

Y sin más explicaciones se lanzó a la calle, dispuesto a no moverse de la acera del dispensario hasta que pasara por ella la bella desconocida.

En tanto, ésta, en su casa, hacia también sus confidencias a una amiga, y expresarle su decidido propósito de hacer la visita prometida.

Beatriz llegó al dispensario antes que Grey y preguntó por su estado de salud.

Una señora amiga se lo llevó a su casa, con objeto de atenderle personalmente—dijo el doctor.

Beatriz salió defraudada de aquella contrariedad; pero al abandonar el benéfico establecimiento se encontró, a la salida, frente a frente de Grey.

—¿Usted... otra vez usted! no supo más que decir Grey, contemplándola con arrobamiento.

—¿Qué pronto se ha curado usted!— comentó ella irónicamente—. Cualquiera que le hubiese visto esta mañana... agonizante, se figuraría que esto era cosa de milagro.

—Bien lo parece, pero no es así — exclamó Grey, clavándole una mirada muy significativa—. Parece el mismo, pero, sin embargo, soy otro...

—No le entiendo a usted...

—Quiero decir que desde esta mañana he cambiado completamente. Una mujer se ha interpuesto en mi camino y este incidente ha bastado para hacerme perder la tranquilidad.

—Y ha estado a punto de acarrearle un



—... ¡Llévete a mi casa.

serio contratiempo...—dijo Beatriz interrumpiéndola.

Después, la joven expresó su satisfacción por verle ya en "franca mejoría" y se dispuso a marchar.

Grey la contuvo.

—Señorita, he venido expresos para tener la dicha de volverla a ver... ¿Es posible que no podamos prolongar unos momentos más esta entrevista?

Lo pedía con tanta amabilidad, que no pudo negarse a ello; y empezaron a andar lentamente calle abajo.

—¿Me permitiría invitarla a cenar?— propuso Grey.

—¡Imposible!— fue la respuesta que obtuvo.

—Acaso, ¿es usted casada... o tiene compromiso de matrimonio...?

—Nada de eso... Soy completamente libre... y sin compromiso; pero tengo que hacer la cena.

—¡La comida...! — comentó Grey un poco más tranquilo —. ¡Qué cosa más prosaica!

—Sí, pero mi padre y mi hermano, no lo considerarían así, si volvieran a casa y la encontraran por hacer.

Como no podía por menos, Grey la acompañó un largo trecho, y cuando llegó el momento en que ella inició una discreta despedida, aun la quiso retener.

—No, no — dijo ella —. Es tarde y la cena ya debiera estar lista.

—Entonces, déjeme ayudarla. Durante la guerra fui ayudante de rancho.

Beatriz se resistió, pero después de muchos ruegos, no tuvo más remedio que aceptar su compañía.

Grey no cabía en sí de gozo. Si sus amigos de círculo le hubiesen visto por las ca-

les más populosas cargado de paquetes y junto a Beatriz, como un vulgar matrimonio, no se hubieran extrañado, porque ya sabían que por una mujer llegaba a hacerlo todo; pero les hubiera chocado.

—Si usted quiere que yo cocine— dijo cuando ya se dirigían a la casa de ella— prepararé mi plato favorito: habichuelas enlatadas.

Llegaron por fin al piso y a duras penas Grey pudo desprenderse de tanto paquete. Entraron luego en la cocina y Beatriz empezó los preliminares para hacer la cena.

—Me da no sé qué no poderla ayudar en nada— dijo Grey— ¿quiere que la ayude en algo...? ¿que encienda el gas o llenar cacharros de agua?

—Bien... Si quiere, puede pelar patatas.

El millonario J. Grey, llevaba el delantal con mucha propiedad. La propia Beatriz se admiraba de ello, y hasta le dijo:

—¡Está usted monísimo, con delantal!

Mientras Grey mondaba las patatas, operación no exenta de complicaciones, pero que permite algunas treguas, dirigía de cuando en cuando sus piropos a Beatriz.

—Sus ojos son dos divinos luceros prendidos en la misma gloria... que es su cara— o bien —. Es la primera vez que me veo pelando patatas ante una muchacha tan bonita como usted.

—Si no trabajamos, se quemará la cena por hacer — respondía Beatriz, aunque en el fondo sentíase halagada por el homenaje de su nuevo amigo.

—¿Qué le parecen estas patatas alegóricamente cortadas en forma de corazón?— dijo Grey, mostrándola una—. Cortar las patatas en cuadrillos, es una vulgaridad. En cambio, así...

—Sí, es todo un símbolo. ¡Algo debe estarse quemando! — añadió Beatriz, aspirando fuertemente.

—Tal vez sea mi corazón...

—No, no; ese olor proviene de la raceta.

Hubo un momento en que estaban muy juntos delante del fogón. Grey podía abrir los brazos y cerrarlos con un abrazo... y como podía hacerlo, lo hizo. Beatriz se le quedó mirando y sus miradas se cruzaron y durante un momento se dijeron en silencio esa infinidad de cosas que se leen a través de las miradas...

—Tiene que saber... —dijo Grey rompiendo el silencio— que desde el momento que la vi, me quedé enamorado, prendido, perdido, deslumbrado...

—¿No me engaña usted?

Por toda respuesta, Grey la estrechó más contra su pecho y después sacó del bolsillo del chaleco el anillo.

—¿No querría llevar este anillito...? — dijo.

Antes de que Beatriz pudiera responder, se abrió la puerta y apareció la cabeza de un muchacho como de unos dieciocho años, el cual se quedó contemplando a Grey con la mayor extrañeza.

Era el hermano de Beatriz, y su oportuna llegada había servido para cortar a tiempo una situación bastante violenta para la joven.

—¿Quién será este tipo...? — se preguntaba el muchacho.

Beatriz le hizo una seña, indicándole que se acercase.

—Quiero presentarle a mi hermano Santiago... señora... señoz... ¿cómo se llama?

—Grey —repuso este, estrechando la mano del recién llegado con la mayor cordialidad.

Era la hora en que la pequeña familia Kennedy se reunía bajo el techo familiar. Primero llegaba Jack, y poco después su padre.

Al entrar este último en su casa, lo primero que observó fue la chistera del visitante, colocada en la cabeza de la figura de escayola. El guardia Kennedy no era hombre que se alarmara fácilmente, pero la presencia de aquel chisme en su casa, no dejó de extrañarle y dirigió una mirada a su hijo, el cual le había salido al encuentro.

—Esto no es nada, papá. Ya veremos la

cara que pones cuando veas lo que tu hija tiene en la cocina.

Asomóse el bueno de Kennedy a la puerta de la cocina y le asaltó la misma extrañeza que a su hijo.

Beatriz hizo la presentación del millonario, al que Kennedy acogió con pocos cumplidos, porque a sus ojos, de un hombre con pantal de mujer no hay que hacer mucho caso, y los jóvenes empezaron a poner la mesa.

El policía se puso a leer el diario y dijo que traía una cosa relativa a Grey el propietario de la casa. El interesado, más interesado que nunca por lo que pudiera decir de él el periódico, preguntó de qué se trataba, y Kennedy leyó la siguiente noticia.

—J. Grey paga otra vez sus debilidades.

—Ese joven millonario va a contraer matrimonio, muy en breve, con la señorita Zeta Duncan, la cual anuncia su casamiento.

—Ya veo a nuestro propietario metido en un nuevo escándalo—aseguró el policía.

—¿Propietario de qué?—preguntó Grey.

—El tipo a que se refiere el periódico, es el amo de esta mañana. El día que venga aquí, le diré lo que pienso de su decencia.

A partir de este punto, Grey pensó que lo mejor era conservar el incógnito, pero la fatalidad había dispuesto otra cosa, porque al presentarse, poco después, el amigo Hopper para cobrar el recibo, lo descubrió.

—Usted puede ser el propietario; pero teniendo yo pagado el alquiler, le ordeno que se vaya inmediatamente.

Y con tan buenas palabras, Grey fué expulsado de su propia casa y tuvo que pasar por la humillación de que Beatriz le devolviera el anillo.

—Por una vez siquiera, nos lo devolvieron de balde—iba comentando Hopper mientras bajaban las escaleras.

A partir de aquel día, Grey no tuvo más que una idea: Beatriz, a la que no cesaba de llamar por teléfono, deseoso de darle explicaciones.

Ella tampoco podía apartarse del pensamiento el recuerdo de Grey, pero la convicción de que sólo la había pretendido para burlarse de ella, como hacía con las demás, la mantenía inflexible.

Más de una vez, el hermano la encontró llorando.

—¿Es ese canalla de propietario el que te hace llorar?

—Tú eres demasiado joven, Santiago, para comprender estas cosas.

—¿Demasiado joven, dices? Pues, ahora voy a enseñaros a ti y a él que soy todo un hombre.

Y, calándose el sombrero hasta las cejas, se dispuso a salir.

—¿Adónde vas, Santiago?— exclamó ella alarmada.

—A demostrar a ese millonario imbécil que nadie juega con "mis" mujeres.

—No seas loco, Santiago — dijo Beatriz, agarrándole por un brazo—. No te metas en lo que no te importa.

—¿Que no me importa, dices? ¡Ay qué gracia! ¿Y el honor de los Kennedy?— exclamó con energía el joven Kennedy.

En esto, Beatriz observó que Santiago ocultaba algo en el bolsillo.

—Santiago, ¿qué llevas en el bolsillo?

—¿Algo que no es un biberón!— respondió el muchacho abandonando el hogar y cerrando la puerta con violencia.

En tanto, en las habitaciones de Grey reinaba gran revuelo.

El periódico que días antes se ocupara de su presunto matrimonio, publicada nuevas informaciones.

Grey estaba indignado comentando el hecho con su amigo Hopper.

—Me gustaría saber cómo se publican estas cosas—dijo Grey.

—Pues, imprimiéndolas — respondió Hopper—. La verdad es — añadió cambiando de tono — que esta Zita es más lista de lo que parece, y te está metiendo en un lío.

—¡Ya verás cómo yo te hago saber que no somos prometidos, ni nunca lo seremos!

—En cambio, ella recurrirá a mi testimonio y al del señor Brown y tendremos que declarar que, en efecto, dijiste delante de nosotros que era tu prometida.

—¡Esto es inaudito! ¡Esto es un nuevo chantaje!

—No seas tonto, Grey. Tú ya debías estar acostumbrado a eso. Si solamente tuvieras un poco de experiencia, verías que todas las mujeres te han explotado.

—Todas, no—se apresuró Grey a rectificar—todas, no. Hay excepciones. La señora Brown me ama.

Pero tú no la quieres a ella y, además, aunque la quisieras, está el marido por en medio y...

—Además — dijo Grey — no me importa nada, con tal de que Beatriz me ame.

El recuerdo de Beatriz entenebrecía las ideas de Grey y quedó pensativo un largo rato.

Unos discretos golpes dados en la puerta le sacaron de su ensimismamiento.

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y el criado le anunció que una señora preguntaba por él.

—Ya verás cómo es Hortensia—dijo Grey a su amigo, después de dar ordenes al criado para que hiciera entrar a la dama.

Era, en efecto, Hortensia, la cual venía a

ofrecer su desinteresada protección al pobre Grey.

—Acabo de leer el diario y acudí a salvar-te de las intrigas de esta mujer.

—Pero, ¿por qué vienes a mi casa, Hortensia? ¿No comprendes que tu marido podía haberte seguido y...?

—Me tiene sin cuidado.

—Pues, a mí, no— exclamó Grey, cada vez más inquieto—. No es que le tema, pero, la verdad, no me parece bien que te sorprenda en mi casa.

Unos violentos golpes dados en la puerta, sobrecogieron a todos.

—¡Es el modo de llamar de mi marido!— exclamó Hortensia atemorizada.

—¡Escóndete en mi cuarto!— dispuso Grey que estaba livido como un cadáver.

Una vez que Hortensia se hubo escondido en el cuarto, Grey se revistió de valor y ordenó a Hopper que viese quién llamaba.

Entreabrió la puerta y desde allí mismo dijo:

—Es un joven con una gorrita y con cara de disgusto, que pregunta por ti.

Santiago, pues era éste el de la gorrita, impacientándose con la frase de Hopper, le dio un fuerte empujón y penetró en la estancia.

Grey le reconoció en seguida.

—Buenos días, pollito. ¿qué te trae a usted por mi casa?

—¿Pollito, eh?— bramó Santiago abriéndose de piernas y agitando los brazos como quien está agotando la paciencia.

—Yo no creo que esto pueda molestarle en lo más mínimo— aseveró Grey, sin comprender la extraña actitud del muchacho.

—No, si no me molesta. A un condenado a muerte, pueden permitirsele todas las impertinencias.

—¿Qué quiere usted decir...?

Digo que ha venido aquí para tener el gusto de inrustarle seis balas en la cabeza.

La amenaza amedrantó algún tanto a Santiago... y luego darle dos patadas...

—Pero, ¿quiere usted decirme por qué viene tan excitado?

—Quiero enseñarle yo a no jugar con el corazón de una niña inocente.

En esto, abrióse la puerta violentamente y penetró Beatriz. Venía consternada, y aunque al ver cara a cara a su hermano y Grey se tranquilizó un tanto.

Al ver a Beatriz, Santiago se puso más nervioso e increpó a Grey:

—Se ha creído que puede seguir gozando de salud después de abandonar a mi hermana? ¡Pues, se equivoca!

—Santiago, ¿o te vas a casa al momento... o le diré a papá que le has tocado el revólver!

La amenaza amedrantó algún tanto a Sau-

tiago. Iba éste a replicar, cuando en la habitación inmediata se oyeron unas voces. ¡Era el que faltaba! ¡El señor Brown!

—¿Dónde está mi mujer?

—Aquí estoy—dijo la aludida, asomándose a la puerta del cuarto.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a felicitar al señor Grey por su elección. La señorita es su prometida. ¡Mira qué dichosos son!

En efecto; cuando menos lo parecía, Grey había enlazado a Beatriz por el tallo y los dos se miraban a los ojos con infinita ternura, a pesar de lo que pasaba en torno suyo.

El señor Brown estaba desconcertado. Presentía el ridículo que había corrido y no sabía qué hacer. Por fin decidió besar a su mujer, que es lo más prudente.

Santiago, en medio de la sala, con las largas piernas abiertas y las manos en el bolsillo empuñando la pistola, se pavoneaba del éxito del desenlace; pero no por eso depuso su actitud fiera, sino antes bien, se acercó a Grey cautelosamente y le amenazó con estas palabras, verdaderamente terribles:

—Usted se casa con mi hermana vivo o muerto; ¡pero se casa!

FIN

LAS MIL Y UNA NOCHES

== LOS
CUENTOS
ETERNOS

Pida ahora los cuadernos publicados

*Ali-Babá
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

Aladino

o

la lámpara maravillosa

En dos cuadernos

*Historia
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

*Historia
del Príncipe Cododac*

En un solo cuaderno

*Aventuras
del joven Beder*

30 cts.
cuaderno

En un solo cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos por correo, remitiendo su importe en billetes de 500 rs. y 50 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona